LA VANGUARDIA
BARCELONA
04/04/11
Prensa: Diaria
Tirada: 234.788 Ejemplares
Difusión: 200.291 Ejemplares
Página: 21
Sección: OPINIÓN Valor: 8.466,00 € Área (cm2): 506,4 Ocupación: 51,06 % Documento: 1/1 Cód: 45999414

José Luis Álvarez

Elogio político de Mourinho

En una de sus primeras declaraciones tras su reciente convalecencia, la presidenta de la Comunidad de Madrid declaró: "Mourinho es el mejor entrenador del siglo XXI. Yo soy de Mourinho a muerte".

Esta no era una afirmación deportiva, por cierto impensable en su rotundidad y partidismo en un presidente de la Generalitat. Nada en Esperanza Aguirre es neutro políticamente. Convierte en populismo, o popularismo, todo lo que dice y hace. Con la expresión "a muerte", Aguirre reconoce que ella y Mourinho son hermanos en estilo –ganador, locuaz–, versos sueltos, *special ones*. Con sus declaraciones, Aguirre ha convertido a Mourinho en un interesante icono de la derecha española populista.

Desde su llegada, Mourinho ha ganado una batalla que lo hace merecedor de admiración política: vencer a su presidente por el control del discurso público e imagen del club. Nadie hasta ahora había derrotado a Florentino Pérez con tanta rotundidad (quien está más cerca de conseguirlo es Ignacio Sánchez Galán en sus pleitos sobre el consejo de administración de Iberdrola). Mou ha triunfado sobre lo elitista, discreto, medroso, contenido, sobre el *señorío*. Mourinho es popular. Por eso la admiración de Aguirre.

El *señorío* del Madrid como imagen idealizada del club, especialmente para los habituales del palco, es fascinante. Es una virtud prefeudal, propia de caballeros que, tras haber ganado en el pasado grandes e inigualables hazañas (nueve en el caso del Madrid) desprecian tener que volver a medirse en igualdad de condiciones con quienes consideran competidores menores, disfrazando tal desprecio en elegancia distante. El sueño del Madrid del señorío es, para no poner en riesgo su palmarés, no tener que jugar ya más, parar el tiempo, o al menos jugar al margen de las reglas que aplican a todos para seguir ganando –hubo años en la historia de España que por ahí anduvo la cosa–.

Pero el señorío es minoritario por clasista. A la masa social le importa ganar. Eligieron a Florentino Pérez por su dinero, no por su *señorío*. Pero el presidente, tras tantos entrenadores fallidos, ya es políticamente débil. Y el entrenador de Setúbal, el que impidió que el Barça jugara la final de la Champions en el Bernabeu, el que habiendo sido ayudante de entrenador del Barça no quedó prendado del club y la ciudad (¿cómo es posible tal cosa?), el preferido de los aficionados y medios más forofos, ha aprovechado la debilidad del presidente para acabar con la ideología reaccionaria del señorío. Lo que cuenta son los resultados, ganar, la tensión, la adrenalina, el capitalismo del siglo XXI. Por eso su estilo es un no estilo: la pegada. Ha sacado al Madrid del pasado.

AVALLONE

El filósofo alemán G.W.F. Hegel distingue entre dos maneras de ser o autoconciencias, lo que hoy llamaríamos identidades: el ser "en sí" y el ser "para sí". Sin saberlo, se refería respectivamente al Madrid y al Barça. Si el club de Concha Espina representa el "ser en sí", el que prescindiría del mundo, el Barça es el "ser para sí", el que prescindiría de los resultados.

En el Barcelona no hay pretensión de señorío medieval. Hay, cada vez menos en la actual fase del capitalismo, *senyors*: los protagonistas de una etapa posterior al feudalismo, la industrial, cuyos representantes presidieron el Barça hasta que los sectores inmobiliario y de servicios los postergaron. Aquellos señores no lloraban, no se bañaban en aguas turbulentas para celebrar triunfos, no bailaban en discotecas con botellas de champán en la mano. Rosell es un cierto intento de volver a la discreción de los *senyors*. Hay poca retórica en Rosell, que gusta de la palabra tan poco como Montilla y Mas. Tampoco hay discurso en Guardiola, el anti-Mounrinho, o al revés, que se limita a repetir, forzado a acudir a las ruedas de prensa, lo difíciles que siempre son los contrarios. Hegel diría que el Barça, como el país que representa, es "para sí", ensimismado: su referencia no es un historial de triunfos, sino un estilo diferente, irrenunciable, dicen en el club. Si pudiera, el Barça, siempre torpe en el manejo de la tensión, competiría en una liga sin resultados, sin ganadores ni perdedores, estaría siempre observándose en un rondo sin fin. Es solipsista.

Decía también Hegel que las identidades no se realizan a sí mismas, no alcanzan su plenitud, sino en lucha a muerte (metafórica) entre ellas. Barça y Madrid necesitan combatirse letalmente porque ambos clubs son conciencias desventuradas o infelices: el palmarés del Barça, por bien que juegue, nunca será como el del Madrid, a lo máximo una asíntota de este; y ni Mourinho podrá remediar que el futuro del Madrid siempre será menos glorioso que su pasado. Ambos clubs pretenden no necesitarse, pero necesitan luchar entre sí, porque para mantener la identidad hay que luchar contra el más antagónico. Y, en ese necesitar al más opuesto, para seguir siendo lo que son, Barça y Madrid son iguales.

El Barça le debe un homenaje a Mourinho. Al eliminar la fachada del señorío ha hecho del Madrid un opuesto todavía más antitético y, de la lucha entre los dos, algo más vivificante. Hay que reconocerlo, contra Mourinho la vida del Barça es más intensa.●

J.L. ÁLVAREZ, *doctor en Sociología por la Universidad de Harvard y profesor de Esade*